

Diotima en Cuernavaca. Sobre el ensayo *La pederastia socrática, del deseo a la filosofía* de Verónica Peinado

Jorge Martínez Ruíz

En Grecia la verdad y el sexo se ligaban en la forma de la pedagogía, por la transmisión, cuerpo a cuerpo, de un saber precioso; el sexo servía de soporte a las iniciaciones del conocimiento.

Michel Foucault (1998: 38)

El ensayo de Verónica Peinado vuelve sobre el tema del *eros* en la antigua Grecia con el propósito de investigar cuáles son las dimensiones y los alcances pedagógicos de la pederastia socrática. El libro propone ir más allá del punto de vista de Sócrates como *erastés* o seductor para incorporar al análisis la perspectiva de los llamados *erómenoi*, o discípulos. El hilo conductor del texto es la idea de que la pederastia es la base del método socrático. Pero es una pederastia que, aún cuando parte del deseo sexual, hace todo por mantenerse en los límites de la castidad y por encausar el enamoramiento erótico como un camino de conocimiento. Se asume que *eros*, desde la energía sensual que lo define, puede comportar poder moral, y eventualmente conducir al hombre a saber de su incompletud. En palabras de Peinado: “*eros* es un concepto que contiene la posibilidad de enfrentar al ser humano con la conciencia de su propia falta” (Peinado, 2010: 18). En última instancia, dos postulados distinguen este ensayo. Primero, que a

la pederastia socrática la impulsaba una motivación ontológica, y segundo, que no siempre Sócrates fue capaz de alcanzar su propósito.

De entre los varios méritos del estudio de la doctora Peinado destaco dos: el abordaje filológico y el énfasis ontológico. El primero fundamenta el segundo. En efecto, es sobre la base del profundo conocimiento que la autora tiene del griego antiguo como sustenta la tesis de que la pederastia socrática ambiciona producir en el *erómenos* una inquietud ontológica a través de la seducción que, en el ideal socrático, se produce como efecto de la toma de conciencia del estado de falta, de carencia, en que el hombre se encuentra desde que perdió su condición andrógina. Desde Platón, pasando por autores romanos, cristianos y árabes, tres conceptos de amor se reconocen en el mundo griego: *Eros*, *Filia* y *Agape*. Para iniciar su ensayo, Peinado vuelve sobre el significado de esos términos desde el análisis semántico; los verbos en lengua griega que significan amor son *erao* (εραω) *fileo* (φιλεω) y *agapao* (αγαπω).

Erao, “alude a la acción propia del amor sensual, al deseo apasionado, la pasión carnal. Como Sócrates señala en el diálogo platónico *Fedro*, su raíz ερ sugiere fuerza o ímpetu” (Peinado, 2010: 29). De aquí que *eros* sea inconcebible sin sexo.

Fileo, “hace referencia a una manera de sentir afecto que puede ir o no acompañado de atracción física; es decir, su significado general y principal es el del ‘amar’ sin ningún matiz de tipo sexual; sin embargo, también puede significar ‘amor carnal’” (Peinado, 2010: 28). En castellano se asocia más con amistad, gusto o afición.

Agapao, también es traducido como “amar” pero en este término se excluye toda implicación sexual. Es, por cierto, esta exención del sexo lo que llevaría al cristianismo a escoger el término ágape como la

acepción de amor que ellos postularían; claro, el ágape es el amor casto.

Con pertinencia, advierte la autora que a menudo al traducir se presenta falta de concordancia: “[...] en múltiples casos, no existen palabras que expresen fielmente los términos de la lengua original [...] tal es el caso del vocablo *eros* el cual se traduce como un ambiguo y general ‘amor’” (Peinado, 2010: 30).

Esta distinción del diverso significado de las formas afectivas es un esclarecimiento necesario para evitar el error de leer amor donde dice *eros* y sólo desde tal diferenciación se podrá comprender el papel de la sensualidad y el deseo en la formación filosófica de los jóvenes griegos, vale decir, comprender la relación entre pederastia y ontología.

En el tiempo socrático la hegemonía del amor erótico fue la piedra angular de la cultura, y la pederastia el corazón que la irrigaba. *Eros* es siempre impulso al acto, una energía que a veces puede ser locura y a veces claridad de espíritu. “*Eros* puede extraviarnos, hacernos caer en el pantano de la concupiscencia y en el pozo libertino; también puede elevarnos y llevarnos a la contemplación más alta” (Paz, 1994: 45).

La existencia de entidades eróticas bien definidas como *erastés* y *erómenos* deja en claro que en la Grecia platónica y aún en la homérica el deseo de los hombres libres privilegiaba como su objeto más caro a los adolescentes. La palestra, el foro de exhibición de los muchachos en flor donde mostraban los encantos de su belleza en pleno despuntar era el sitio de encuentro entre ellos y sus pretendientes. No sabemos cuáles serían las formas o estilos de poseer a esos efebos de músculos turgentes torneados en el gimnasio y en los ejercicios de la guerra y el deporte, si el *erastés* alcanzaba la penetración o se quedaba en el mero batallar de púdicis entrepiernas o, si acaso, los encuentros solieran juntar tersuras de glandes y labios, de lenguas y tetillas o de otras

exploraciones más atrevidas y abismales. O si la lujuria quedase controlada a favor de contemplaciones, adoraciones estéticas, llanas pleitesías verbales o caricias sin ofensa de pudores¹. De lo que podemos estar seguros es que esa tendencia del deseo, la adoración de los efebos, es una marca, un sello, una impronta de la cultura de pueblo griego de la antigüedad². Como ateniense, el Sócrates histórico, hombre de su siglo, habría deseado a un sin número de jóvenes, los más bellos, pero también los que a su juicio podrían llegar a ser los más sabios, Alcibíades el más famoso. ¿Cuál sería la práctica erótica de Sócrates? Ni lo podemos saber con precisión ni importa saberlo, basta con señalar que el anhelo erótico es una condición necesaria para desatar la iniciación filosófica tanto como lo es reprimirlo para lograr su culminación. Delfico, como era el ateniense, aplicaba para sí y para sus discípulos las máximas oraculares: *conócete a ti mismo y cuida de ti* en las que basó su enseñanza moral y filosófica.

Hasta aquí, no obstante las imágenes de atracción sexual introducidas, todo cuadra con la imagen convencional y conservadora del gran maestro de los diálogos platónicos. Lo que Peinado agrega es que el estilo socrático de pederastia no se restringía al ejercicio del placer y a la disertación moral como habría sido común en los *erastés* de aquellos tiempos. Ni siquiera el oficio de partero del pensar con el

¹ En todo caso la penetración de un hombre con estatus de ciudadano lo deshonraba y ante la ley inhabilitaba sus derechos. “¿Qué el *erómenos* de su sumisión al *erastés*? La respuesta griega convencional es: no placer físico; si así fuera incurriría en la desaprobación y sería tratado de *pórnos*... Lo que el *erastés* aspira a engendrar en el *erómenos* no es eros sino amor” (Dover, 2008: 94).

² Foucault recuerda que en occidente, durante el Siglo XIX, el matrimonio entre hombre y mujer si bien mantuvo su condición de “alianza legítima”, en las márgenes del recato matrimonial proliferó una variada sexualidad periférica mucho más allá de los fines de la cópula reproductiva (Foucault, 1998: 29). Ese estatus de vínculo legítimo habría que aplicarlo a la relación *erastés – erómeno* en el caso de la antigua Grecia, donde igualmente la sexualidad se ejercía de múltiples maneras, no de manera escondida como en occidente, pero también reprimida con estrictas normas morales y leyes (Dover, 2008: 94).

que inducía a los jóvenes a la reflexión sería su rasgo distintivo. No, lo que la pederastia socrática se propone es confrontar al hombre con su incompletud, con su carencia ontológica. Sócrates seduce desconcertando al posible discípulo, desarmándolo, despojándolo de su seguridad en sí mismo, de su arrogancia. Confronta al bello no con la adulación de sus atributos estéticos sino con el abismo de su incomprensión, de su vacío, de su soledad y lo hace desbaratando la imagen de perfección que de sí mismo tiene el *erómenos* sustituyéndola por la conciencia, de que sólo su *erastés*, su parte perdida, podrá enseñarle el camino, que es el camino del *eros* filosófico, el del pensar como plenitud de la libertad.

El amor de los griegos es un ir y venir de *eros* a *filos*, del deseo al apego, de la carne a la mente, que se pliega y despliega en la atracción intelectual y sensual del *erómenos* y el *erastés*, es decir, que supone una sexualidad si bien activa, idealmente contenida. El sexo erótico de los griegos en su más alta expresión es un privilegio que sólo pueden ejercer los ciudadanos, o sea los hombres libres maduros con los hombres libres jóvenes. Ese privilegio está presente en la pedagogía socrática y ejercido hasta el punto del coqueteo, la promesa y la posibilidad de consumir el acto sexual pero evitándolo siempre virtuosamente.

En contraste, la pederastia moderna es destructiva, alevosa, vulgar y vil, la antípoda de la que practicó Sócrates, somete y manipula al cuerpo del deseo, lo mutila, lo humilla. La pederastia de los curas postra la dignidad del niño, lo pasma, corta su destino. Es sufrimiento, violencia, castración del espíritu. Los curas pederastas, cualquier pederasta moderno, corta en el niño ultrajado, con o sin su consentimiento, las alas de su pensar y lo entrega a la angustia, a la desesperación. Al contrario de la socrática, la pederastia

contemporánea hace perder la esperanza de encontrar sentido a la vida, es diabólica, separa, rasga, fragmenta el alma. Acongoja, deshumaniza, empuja al vacío desde el miedo, la sin razón, la mayor fragilidad. Es una forma de violencia, de muerte. La lujuria bestial, sádica, enferma, decadente que hace del eros un juguete al servicio de las *Keres*. Si el *erastés* superior se rige por el ideal de la caricia y la admiración estética e intelectual, el pederasta de hoy es un criminal que manosea la inocencia y escupe la dignidad haciendo del otro una víctima. Sócrates aspira a un *erómenos* capaz de ejercer a plenitud el pensamiento en libertad desde la conciencia de su falta ontológica, el depravado actual, cura o laico, quiere un niño esclavo sujeto al capricho de su vulgaridad.

Pero en el fondo, nuestra cultura y la ateniense comparten la misma simulación en torno a la sexualidad. Sostiene Peinado que desde la época de los *Diálogos* es patente la intención de mostrar un rechazo al amor carnal. Ahí tenemos uno de los orígenes de la hipocresía occidental, ahí comienza el cerco al deseo tras los corrales de lo permitido, lo moralmente correcto, que habría de terminar en la renuncia del cuerpo al cuerpo del otro, el narcisismo, la concentración en el ego insatisfecho. Esta hipocresía, que en los tiempos modernos extirpó o edulcoró partes de *El Banquete*, como la de Alcibíades borracho en una escena de celos con su antiguo *erastés*, es la misma que lleva a los curas católicos a postular la abstinencia y a practicar la pedofilia.

Después de Freud y sobre todo de Foucault comprendemos cada vez mejor que detrás del elogio victoriano al recato sexual se oculta y se niega el gusto humano por la carnalidad, pero Platón y su escuela, con todo y la celebrada primacía de *eros*, comparten esa actitud que hoy nos parece mojigata. Cambia el objeto del deseo, *erómenos* por

doncella, y la valoración oculta o abierta del sexo, pero la sociedad platónica y la burguesa se declaran ambas interesadas en el alma antes que en el cuerpo. Entre los griegos un *eros* reconocido y explícito se orienta a generar lazos filiales encaminados a la búsqueda de la verdad, la belleza o la justicia que en su perfecta idealidad abre acceso al camino ontológico, mientras que en la moderna convención heterosexual, el *eros* se opaca o rechaza entre las personas, y se idealiza sublimado en la publicidad mediática. Y ese rechazo del *eros* se dirige al encuentro con una verdad teológica o ideológica a través de un amor desexuado, un ágape abstracto más propio de ángeles que de hombres.

Si hay incompletud en el hombre también pesa sobre él la escisión, el divorcio declarado en el origen de la moral socrática entre el alma y el cuerpo, ambos estados son fuente de soledad. La incompletud se trasciende con erotismo, la escisión con la fe y las dos curas se asocian a la religación³. Pero los griegos no conocieron la fe y nosotros hemos desvirtuado el *eros*. Sus dioses fueron erógenos e impíos, el dios moderno es piadoso con el alma e insensible a la sensualidad: vigila, castiga y condena toda práctica sexual que no tenga fines reproductivos. Y, al final, nosotros estamos incompletos, escindidos y solos pero no *a fortiori* perdidos. Tenemos una esperanza: la poesía ontológica.

¿Qué diferencia hay entre nuestro amor y el de los griegos? ¿La predilección de género? No lo creo. Los varones atenienses ostentaron su deseo por los muchachos imberbes. En occidente lo convencional es preferir a las doncellas. En los dos casos priva la hipocresía: se oculta

³ La noción de religación fue creada Marcel Bolle de Ball, retomada por Edgar Morin se refiere a lo que en el hombre y en la naturaleza impulsan a unir, a conjugar, a la suma ontológica.

el apetito carnal y se aparenta despreciarlo. El pederasta socrático declara la primacía de sus propósitos pedagógicos. El novio occidental se presume arrobado ante las virtudes espirituales de su prometida. Pero tanto el uno como el otro niegan el móvil sexual de su atracción. Lo que en realidad los distingue es el destino social: al *erómenos* esperan poder, sabiduría y honores en tanto que a la novia, condenada a la imposibilidad de escapar de la condición de subordinada se le reservan tareas reproductivas y de servicio. Es obvio, dicho sea de paso, que en la sociedad de nuestro tiempo se ha reconocido la igual libertad de las mujeres y el derecho a la diversidad sexual, sin embargo siguen siendo hegemónicas las viejas convenciones judeo cristianas centradas en el predominio del varón y la condena como fornicación de cualquier práctica sexual que no se guarde en límites reproductivos.

No hay duda de que la pedagogía socrática está erotizada, que se practica en la cancha del deseo. ¿Está, como plantea Peinado conformada de amor? El bello Alcibíades, tierno *erómenos* de torneados muslos, cintura estrecha y nalgas turgentes se ha tendido en el lecho con su severo *erastés*. Cubre ambos cuerpos con su túnica en espera del abrazo de Sócrates. No sólo ha decidido ofrendarse al maestro seductor, lo desea, está ávido de concupiscencia, dispuesto a la lujuria y anhelándola. Pasan la noche juntos, conversan, cruzan elogios y reclamos. Pero Sócrates no toca a su discípulo. Resiste, renuncia a sobarse en el perfecto cuerpo del joven —no es un cerdo— salva el honor del muchacho, lo abre a un destino de filósofo que la afición por la guerra y el poder impedirán que cumpla. ¿Desde la dimensión ontológica, triunfa o fracasa Sócrates? Para Peinado el fracaso socrático había ocurrido antes al invertirse el asedio. Quizá el fracaso es ya de ambos amantes platónicos, recludos en el cerco de un *eros* manifiesto pero necesariamente reprimido en pro del salvamento

de expectativas ontológicas, prisioneros de un sexo insatisfecho e interdictos del amor.

Colofón

El estudio *La pederastia socrática* permite al lector acceder a fuentes antiguas desde la lectura de primera mano que la autora emprende y expande el horizonte de la comprensión del tema con la amplitud de sus referencias bibliográficas modernas. Con la sapiencia de una Diotima, Verónica Peinado nos muestra el cometido de *eros* para hacer aflorar en los jóvenes griegos el gusto por la indagación ontológica. En el plano académico es un ensayo que vendrá a fecundar la hermenéutica del *eros*.

Disgresiones

I

Si el deseo toma siempre la forma de la cultura que lo contiene, un kilix ático del Siglo V a.C. que al vaciar el vino escanciado en su fondo ofrecía al bebedor, pintado en negro y rojo, la imagen del beso concedido por un adolescente *erómenos* a su robusto *erastés*, mientras éste último toca con su mano el sexo del muchacho, invoca el horizonte civilizatorio de la Grecia de entonces. Y, en la rígida suavidad de dos cuerpos desnudos esculpidos en el instante en que el deseo los funde en un beso y los trenza, recuperado andrógino, en la próxima cópula del bronce, una escultura llamada *El Beso* de Camille atribuida a Rodin su veterano, violento, genial y usurpador amante, encontramos todo el amor de occidente.

II

Todo comunica, decía Bateson (1998), aún el silencio, lo que se calla, lo no dicho nunca. ¿Todo está habitado por el *eros*? ¿Habría vínculo sin *eros*, habría relación, encuentro, suma, conjunción, comunión en ausencia de *eros*? Fragmentos a su imán, poetiza Lezama Lima. Somos fragmentos imantados, dispersión de un todo originario, partes dispersas que se atraen. Estar separados es estar erotizados. Todo comunica y todo lo que comunica quiere vincular. La búsqueda del vínculo es la comunicación erotizante. Si todo comunica todo erotiza, aun el silencio, lo que se calla, lo no dicho nunca.

III

A partir de Rougemont (1980) resalta que el cristianismo postula un amor pasivo y obediente mientras que Grecia se inclinó por el *eros* que es impulso al exceso sin llegar a *hybris*. Con *eros* latiendo en sus entrañas, el amor además de atracción es vínculo, una fuerza natural que tiende a unir, a acercar, en contraste con la energía opuesta, pero complementaria que es impulso a la separación, la desintegración, la destrucción. *Religare* y *diábolus*; altruismo y egoísmo. El cometido de *eros* es atraer los unos a los otros, vincular, comunicar, el del amor trascender la incompletud. ¿Los dioses griegos, entregados al desenfreno orgiástico, supieron del amor?

IV

El deseo produce y supone los estilos eróticos en los que se sustentan los ideales estéticos. El arte africano, que sedujo a Bretón,

trasunto de sensualidad de cuerpos de ébano, quiere ser distinto de las formas de la naturaleza, supone a la razón bajo la hegemonía de los sentidos, del instinto, de la imagen, de lo humano que quiere distinguirse de la naturaleza. El arte griego idealizó la belleza natural del cuerpo humano y supone a la inteligencia y la sensibilidad bajo el dominio de la razón. Un joven discípulo era el colmo de la belleza, el perfecto objeto del deseo. ¿Hay erotismo más pleno que el experimentado por un maestro embriagado en el cuerpo adolescente del discípulo, y por el muchacho abandonado al impulso de enredar su serpentina lengua en la, pausada de *logos*, lengua del maestro? Perfecta plenitud es ese encuentro de lenguas, esa reunión de carne y verbo.

V

Hacia el siglo IV a.C. ocurre un tránsito de la poesía a la prosa, de la tragedia que involucra a dioses y héroes épicos al discurso del *logos* bajo el mando de *eros*. Para Hesiodo *eros* es aún un dios, el más bello del panteón inmortal (Jaeger, 2000). Para el Sócrates platónico *eros* ha devenido demonio, es decir, más una fuerza cognoscible de la naturaleza humana que una divinidad para adorar.

Bibliografía

- Bateson, Gregory (1998), *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires: Lohle – Lumen.
- De Rougemont, Denis (1980), *El amor y occidente*, Barcelona: Kairos.
- Dover, K. J. (2008), *Homosexualidad griega*, Barcelona: El Cobre Ediciones.

Jorge Martínez Ruíz. *Diotima en Cuernavaca*.

Foucault, Michel (1998), *Historia de la sexualidad, 1- La voluntad de saber*, México: Siglo XXI.

Jaeger, Werner (2000), *Paideia*, México: Fondo de Cultura Económica.

Paz, Octavio (1994), *La llama doble, amor y erotismo*, México: Seix Barral.

Peinado, Verónica (2010), *La pederastia socrática, del deseo a la filosofía*, Cuernavaca: Centro de Investigación y Docencia en Humanidades.